

puso que Francisco II saliese de Nápoles con las tropas que le quedaban y fuese al encuentro del invasor. Otros pareceres más humildes fueron discutidos, y particularmente, según se ha dicho, el de apartar de sí el torrente ofreciendo á las partidas un libre paso á través del reino. Mientras tanto, Garibaldi se acercaba, y había llegado la hora de hacerle frente ó de retroceder en su presencia.

El rey se mostró superior á su suerte. No se podía decir de él que hubiese reinado bien ó mal; propiamente hablando, no había reinado de ningún modo, pues no recibió de su padre sino un trono doblemente sacudido por las largas faltas de la dinastía y por la intriga extranjera. En aquellos días supremos sintióse príncipe y Borbón. No quiso entregar á Nápoles á los horrores de la guerra, ni empeñar en campo raso con Garibaldi una lucha para la cual se reconocía inferior por su inexperiencia militar y por la dudosa fidelidad de las tropas. Habiendo resuelto retirarse, cuidó de que su marcha no fuese una huída. Se embarcaría no para el extranjero, sino para buscar un abrigo seguro en alguna fortaleza de sus Estados; allí reuniría el resto de su ejército, esperarían circunstancias mejores ó la intervención de Europa y conservaría al menos su honor, si otra cosa no podía conservar. En 5 de septiembre el rey anunció su resolución á sus ministros, declarándoles que «iba donde le llamaba la defensa de sus derechos legítimos.» Despidióse de su pueblo en forma conmovedora. ¡Cosa extraña! Liborio Romano, en sus *Memorias*, se jacta de haber redactado la proclama y añade que el rey le felicitó por haber «comprendido tan bien su alma (1).» El vacío era cada vez mayor en torno del príncipe. En tan supremas circunstancias, el almirante Persano y el señor de Villamarina cuidaron de que el abandono fuese más completo. Tanto por el efecto moral como por conveniencia, importaba que ningún barco de guerra napolitano acompañase á Francisco II. «En la tarde del 5, escribió en su *Diario* el almirante Persano, me enteré de que las tripulaciones de los buques anclados en el puerto querían seguir al rey y de que los oficiales no podrían oponerse á ello.» Muy contrariado por aquel resto de fidelidad, Persano juzgó que el tiempo de la circunspección había pasado. Disfrazóse, penetró de noche en el puerto militar, habló á todo el mundo y se movió extraordinariamente. Lo mismo hicieron el marqués de Villamarina y los individuos de los comités. A fuerza de diligencias, consiguieron que ciertos resortes de las máquinas fuesen en parte desmontados, lo cual haría imposible la salida inmediata de los barcos. El día siguiente Persano anotó en su *Diario* el feliz resultado de sus diligencias.

El día 6 de septiembre era el último que Francisco II había de pasar en su capital. A las cinco de la tarde el rey salió de palacio con su familia, algunos leales, los ministros de Austria, de España, de Prusia y de Baviera, y trasladóse á bordo del buque español *Colón*, que lo condujo á Gaeta. El pueblo estaba silencioso, sin pesar y sin insultos. De la marina nacional, un solo barco siguió al rey, el *Parthenope*; cierto que llevaba á bordo un gran número de marineros que quisieron protestar contra la defección de sus oficiales. Estos se

(1) *Memorie politiche di Liborio Romano*, pág. 70.

hallaban casi todos reunidos á bordo de la escuadra piamontesa. A la caída de la tarde, el convoy real salió del puerto. Mientras se alejaba, el rey pudo contemplar por última vez la hermosa ciudad de Nápoles, asentada en el fondo de la bahía. A través de las primeras tinieblas de la noche, en los muelles y en las colinas de la capital brillaban luces más resplandecientes que de costumbre: eran las iluminaciones que empezaban en honor de Garibaldi.

Garibaldi se encontraba en Salerno. En la mañana del 7, el síndico ó alcalde de Nápoles le llevó la expresión de los deseos de la población, «ávida de libertad.» Liborio Romano, que había redactado el día antes el adiós de Francisco II á sus pueblos, redactó con igual desenvoltura un mensaje al invencible dictador. El aventurero quiso coronar su empresa con una postrera audacia. Adelantándose á su ejército, tomó el tren en Salerno con alguno de sus compañeros, y llegó casi solo á aquella ciudad de 400.000 almas, llena todavía de agentes, servidores, soldados y guardias del príncipe caído. En la estación le esperaba Liborio Romano, que tomó asiento en su coche y quedó *ipso facto* convertido en ministro de Garibaldi. Desde la estación hasta la calle de Toledo no cesaron las aclamaciones populares; así llegaron al palacio de Anagni, que había de albergar al general. Subsistía un temor: los fuertes estaban aún ocupados por las tropas, y eran tropas bizarras y leales. Al día siguiente una capitulación serenó todas las frentes. A los ojos de la multitud, tan impresionante como ignorante, Garibaldi era el libertador, el hombre del talismán invencible, el hombre milagroso, casi tan grande como el patrono San Javier.

IV

Cavour llegaba al pináculo de su fortuna, pero también al colmo de sus apuros. Las empresas de Garibaldi le inquietaban. Dueño muy pronto de las Dos Sicilias, el atrevido *condottiere* iba á dirigirse hacia Roma, donde se encontraría con los franceses; y hacia Verona, donde tropezaría con los austriacos. Vencido, como era probable, envolvería en su descrédito y arrastraría quizá en su caída al joven reino de Víctor Manuel. Victorioso, establecería, en provecho de la revolución, la unidad italiana, pero en medio de tantas locuras que la reacción no podía tardar. No había tiempo que perder para absorber á tan peligroso amigo y marcar su obra con el sello de la dinastía de Saboya. Cavour no era hombre de largas perplejidades. No pudiendo adelantarse á Garibaldi en Nápoles, resolvió adelantarse en la frontera pontificia: es más, pasaría la frontera misma y emprendería el banditismo por su cuenta, con la convicción de que sólo él sabría limitar ó disfrazar la violencia, abstenerse de los puntos demasiado bien guardados, proceder, en una palabra, con celeridad, seguridad é impunidad.

Hacia el 20 de agosto, desconfiando de la intriga urdida en Nápoles, Cavour pareció haber resuelto su plan. Hasta entonces éste había procurado evitar toda incurción contra el Estado pontificio y desalentar toda tentativa de levantamiento en el interior. Con el nuevo plan, todas las instrucciones cambiaron y todo el esfuerzo tendió á reanimar la llama, en vez de contenerla. El

26 de agosto, Cavour escribió al diputado Gualterio que se encontraba entonces en Cortona: «Se acerca la hora de obrar en la Umbría y en las Marcas: el ministerio está decidido no sólo á secundar, sino á dirigir el movimiento.» Gualterio y sus amigos previnieron á sus partidarios. De acuerdo sin duda con la consigna enviada de Turín, hasta fijaron la fecha en que la agitación, hasta entonces disimulada, había de estallar. «Insurrección para el 8 de septiembre, dijeron, y sin mazzinianos (1).»

Aquella invasión en plena paz de un territorio vecino excedía en temeridad á todos los atrevimientos pasados. Cavour se ingenió en prevenir las objeciones que no podían dejar de surgir en su propio país. No tenía nada que temer de los hombres como Ricasoli, lógicos inflexibles que, no viendo más que el fin de sus aspiraciones, aconsejaban al gobierno que tuviera audacia y repetían: «Nuestro Garibaldi ha de ser el rey.» Tampoco temía á los revolucionarios; momentáneamente les favorecía en el fondo, para apaciguarlos más tarde por medio de los honores ó aplastarlos si se volvían demasiado exigentes. Lo esencial era conquistar á los moderados, á los formalistas, á los escrupulosos, ya muy alarmados por todas las tolerancias que habían favorecido el movimiento insurreccional de Sicilia. A este fin se hicieron circular públicamente hábiles confidencias. Si alguna nueva empresa era intentada, sería para asegurar el orden; tendría por objeto contener y no ayudar al aventurero. Un día en que el conde Pasolini, ex ministro de Pío IX y uno de los prohombres más considerables de las Romañas, visitó á Cavour, éste le hizo ver un legajo de documentos y telegramas sobre los manejos del partido revolucionario. Aquellos informes fueron sin duda muy convincentes ó habían sido muy hábilmente escogidos, pues, al salir de la audiencia, Pasolini decía con resignación: «Ahora comprendo que á Cavour no le queda más recurso que invadir las Marcas (2).» Así fué de antemano preparada la opinión, tanto que, al producirse los acontecimientos, iban éstos á parecer simplemente una de las fases normales de la transformación italiana. La verdad es que Cavour había llevado las cosas á tal extremo que corría peligro de perder el fruto de todas sus violencias, si no las coronaba con otra violencia mayor; por esto aun las personas más moderadas tendían á cubrir con su silencio lo que juzgaban inevitable. La indulgencia tenía también otra causa. Los italianos (sin excluir á los mejores) habían llegado á crearse respecto á los asuntos de su país una conciencia aparte. Como antiguamente se habían concluido muchos tratados sin que se les consultase, no se consideraban obligados sin que se les consultase, no se en Italia no pertenecía á la agregación piamontesa les parecía injustamente distraído del patrimonio nacional. Por consiguiente, las palabras cambiaban de sentido al pasar los Alpes; y lo que nosotros llamamos rapiña, allí se llamaba restitución.

La única potencia que á su antojo podía impedirlo ó permitirlo todo era Francia. En 10 de agosto, el nuncio del papa en París, alarmadísimo de ciertos rumores, había preguntado por medio de una nota á Thouvenel cuál

(1) Véase *Lettere e documenti del barone Bettino Ricasoli*, tomo V, pág. 223.

(2) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 266.

sería la conducta del gobierno francés si algunos «mal intencionados» invadían la frontera pontificia. En términos de una brevedad correcta, Thouvenel había contestado que la presencia de nuestras tropas en Roma respondía por sí sola á la pregunta. Pocos días después, el emperador partió para visitar sus nuevas provincias de Saboya, donde iba á encontrarse entregado á sí mismo y á su natural debilidad, tan cerca de aquella Italia que le fascinaba y lejos de los encargados de velar por las tradiciones diplomáticas. Hay coincidencias tan oportunas que no es fácil persuadirse de que únicamente son debidas á la casualidad. Encontrándose el soberano en Chambery, fueron á saludarle dos altos dignatarios piamonteses, el Sr. Farini, ministro del Interior, y el general Cialdini. La prensa oficiosa anunció que la entrevista no tenía ningún alcance político; era un simple acto de cortesía. Víctor Manuel no podía menos de transmitir sus homenajes al emperador cuando tan cerca se hallaba éste de la frontera. Los enviados fueron recibidos el mismo día de su llegada, es decir, el 28. Habían consultado previamente al doctor Conneau sobre la conducta que debían observar. Los dos italianos hablaron muy mal de Garibaldi, que no quería entender razones y causaba todo el mal con su terquedad. No había medio de impedir que llegase á Nápoles y se hiciera proclamar dictador; sin embargo, había que cerrarle el paso, de lo contrario triunfaría la revolución que el emperador no quería, ni Cavour tampoco; de ahí la urgente necesidad de ocupar la Umbría y las Marcas. Como la empresa tenía dos aspectos, los negociadores procuraron no hacer ver más que uno solo, y lo que en el fondo no era más que banditismo adquiría trazas de gendarmería. Así hacía Cavour en Turín con sus amigos más conservadores. Aun velado de esa manera, semejante lenguaje era muy atrevido. Se pedía á Francia la autorización de desposeer al papa de la mitad de sus Estados, cuando la misma Francia cubría con sus tropas la otra mitad y la declaraba inviolable.

¿Qué replicó el emperador? Si hemos de dar crédito á los dos mensajeros piamonteses y á Cavour que recibió sus primeras confidencias, el acuerdo fué completo. Posteriormente, el general Cialdini afirmó á varios franceses dignos de crédito que toda la empresa fué concertada con el emperador; hasta añadió que Napoleón había recomendado la prontitud. En una declaración hecha el 30 de junio de 1861 en la Cámara de los diputados, Farini no fué menos explícito. En cuanto á Cavour, trazó éste en su correspondencia un cuadro muy animado y algo humorístico de la entrevista. «Farini y Cialdini, escribió en 29 de agosto, han regresado esta mañana de Chambery. El emperador ha estado perfectamente bien. Farini le explicó nuestro plan. *El emperador lo aprobó todo*. Hasta parece que la idea de ver á Lamoricière ir á hacerse... le plugo mucho. Dijo que los diplomáticos pondrían el grito en el cielo, que él mismo se encontraría en una situación difícil, pero que él lanzaría la idea de un congreso (3).»

Creo que los sardos interpretaron con un poco de complacencia para sí mismos las palabras del soberano. No es posible imaginar que Napoleón fuese tan cándido

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 354.

que no viese el fondo de la empresa ó tan falto de escrúpulos que la aprobase de buenas á primeras. El propio Cavour se contradice. En 31 de agosto, tres días después de la entrevista de Chambéry, en el momento en que el emperador iba á llegar á Thonón, el primer ministro sardo envió á Arese, que se encontraba entonces en el balneario de Evian, un telegrama cifrado concebido en términos apremiantes para que se avisase lo más pronto posible con el emperador. «Confesad, telegrafíabais Cavour, que el gobierno ha tolerado y hasta apoyado á Garibaldi, pero ha impedido y reprimido enérgicamente las expediciones mazzinianas. ¡Es imposible que nos dejemos distanciar por la demagogia en Nápoles; una vez operada la anexión, trataremos de que no se ataque á Roma ni al Austria. Si es preciso, nos batiremos solos con Austria. Pero el emperador no dejará destruir por coalición al único aliado de Francia. Explicad que la tirria no es contra Turín, sino contra París.» Arese vió al emperador, y si hemos de dar crédito á Cavour, obtuvo de él una segunda aprobación, aunque algo más mezclada con censura que la primera. ¿A qué ese nuevo mensajero si el asentimiento había sido desde luego tan completo y sin reservas?

A falta de testimonios bastante desinteresados para que de ellos se desprenda la certeza completa, podemos basarnos en todas las negociaciones anteriores de Napoleón con Italia para sentar sin gran temor de equivocarnos lo que fué la famosa entrevista de Chambéry. Aun teniendo en cuenta las exageraciones piemontesas, la responsabilidad del emperador pesa mucho. Una sola palabra hubiera detenido á los italianos: un «no» muy claro y muy breve. Ese «no» (hasta los despachos emanados de nuestra cancillería lo atestiguan) no fué pronunciado. Un solo punto falta aclarar y es la dosis exacta de violencia que á Napoleón le plugo tolerar ó prohibir. ¿Aprobó con placer la iniquidad, como afirmó Cavour? No es muy admisible. Sin duda hizo lo que nunca dejó de hacer con los italianos, que fué guardar silencio unas veces, silencio que éstos fingían tomar por una aprobación, y otras veces entablando una discusión que pronto se convertía en una retirada. A juzgar por los acontecimientos que siguieron, Napoleón procuró sin duda disminuir el atentado al derecho de gentes, restringir el campo de la invasión y transformar la invasión misma en una especie de marcha estratégica. Con relativa firmeza indicó los puntos, los acantonamientos cercanos á Roma que habían de ser cuidadosamente respetados. Luego se calló ó dejó hacer, dejando flotar sobre toda la entrevista una especie de obscuridad buscada que permitiese á los unos ser audaces y á los otros darse después por engañados. Tal fué seguramente la actitud de Napoleón. No sé si la palabra complicidad sería demasiado dura, pero la palabra debilidad sería á no dudarlo demasiado suave. Si no hubiese habido más que simple debilidad, ésta sería inexcusable, pues las recientes empresas italianas habían hecho ver claro á todo el mundo, á excepción de los que se obstinaban en no ver. Cabe repetir aquí el proverbio oriental: «Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos veces, la culpa es mía.»

Suponen que el emperador dijo al general Cialdini: «Obrad, pero pronto.» Lo cierto es que los sardos se ingeniaron en hacerlo así. Ya habían reforzado todos

sus cuerpos de ejército entre Plasencia y la Católica. Sin más tardar, los acercaron á la frontera. Importaba que las tropas que invadieran el Estado pontificio pareciesen llamadas por el deseo de los habitantes. Respecto á éstos ya hemos visto los manejos de Cavour. Como se precipitaban los acontecimientos, el primer ministro sardo redobló su vigilancia y su celo. A sus instancias, La Farina puso á sus afiliados en movimiento. «El día 8, escribió este último, los comités de la *Sociedad nacional* en las Marcas y en la Umbría tomarán la iniciativa de una vigorosa insurrección (1).» Ricasoli cuidó de que se imprimieran proclamas en Florencia, y los paquetes estaban preparados para que la fijación en las esquinas se operase en el momento de la invasión. En Toscana constituyéronse á las órdenes del coronel Masi varios cuerpos francos que excitarían á la rebelión en las fronteras del Estado pontificio y lo invadirían luego preparando el camino al ejército regular. Cavour estaba tan seguro de la conquista que la organizó de antemano. El Sr. Valerio sería nombrado gobernador de las Marcas y el Sr. Pepoli gobernador de la Umbría, y como éste era pariente del emperador, la última de las dos designaciones pareció sobre todo oportuna y hábil. «Hemos resuelto ocupar las Marcas y la Umbría,» escribió el primer ministro á Villamarina. Y añadió con cínico candor: «Haremos esto la semana próxima.» La operación exigía no sólo el concurso del ejército, sino que también el de la marina, en caso de tener que sitiarse Ancona por mar. Cavour escribió á Persano que estuviese preparado para salir de Nápoles al primer aviso. Efectivamente, poco tiempo después, los sardos habían de abandonar furtivamente, en una noche oscura, la rada napolitana, y, al amanecer, el comandante de la escuadra vecina, el almirante inglés Mundy, había de consignar con sorpresa aquella desaparición: «Persano, escribió en su diario de á bordo, ha salido la noche pasada con rumbo desconocido (2).»

Así se llevaban á cabo los preparativos, á toda prisa. Una sola cosa contrariaba á Cavour y á sus amigos y era la apatía de las provincias que iban á libertar. En las Marcas, los gérmenes de sedición fructificaban bastante bien, pero en la Umbría resultaban casi estériles. «La insurrección marcha lentamente,» escribía Fanti. Cierta es que añadía con cinismo: «No faltarán pretextos para la invasión.»

Así todo á punto, no faltó más que aplicar al papa la fábula del *Lobo y el cordero*. El ejército, compuesto de cinco divisiones y puesto bajo el mando en jefe del general Fanti, fué dividido en dos cuerpos: uno, á las órdenes del general Della Rocca, fué reservado para la ocupación de la Umbría; y el otro, confiado al general Cialdini y mucho más considerable, fué destinado á la invasión de las Marcas. Estas divisiones se escalonaron en la frontera, dispuestas á pasarla. Cavour se encargó de redactar el ultimátum de que había de nacer el estado de guerra. El pretexto (pues se necesitaba uno) fueron los armamentos del papa. «Los cuerpos pontificios, decía Cavour, se componían de gente de toda nación, de toda lengua y de toda religión; lo cual ofendía profundamente la conciencia pública de Italia

(1) La Farina, *Epistolario*, tomo II, pág. 413.

(2) Almirante Mundy, *Hannibal at Palermo and Naples*, página 245.

y de Europa. La conciencia del rey Víctor Manuel no le permitía ser testigo impasible de las represiones sangrientas con que los mercenarios extranjeros ahogaban en sangre italiana toda manifestación del sentimiento nacional.» La conclusión era que el gobierno pontificio «desarmase inmediatamente á todos los cuerpos extranjeros que eran una perpetua amenaza contra la tranquilidad de Italia.» Escogióse un mensajero cuya personalidad agravase el insulto del mensaje. Este fué el señor Della Minerva, el mismo que, hallándose poco antes de embajador del Piemonte en Roma, había sido allí un verdadero fautor de oposición. El propósito era exasperar á la Curia pontificia con la esperanza de que una réplica injuriosa permitiría justificar la agresión á los ojos de Europa. El Sr. Della Minerva fué detenido en Civitavecchia y, sin que se le dejase llegar á Roma, tuvo que poner el ultimátum en manos del delegado. En 11 de septiembre, el cardenal Antonelli contestó: «No debo disimular, decía, que para replicar con calma á la comunicación de Vuestra Excelencia he tenido que violentarme mucho.» Seguía la refutación, si refutación puede llamarse la demostración de la evidencia. Pero ¿qué falta hacía la contestación? Aun antes de que saliese de Roma, la razón del más fuerte había sido, como en la fábula de La Fontaine, juzgada la mejor, y las tropas sardas habían pasado la frontera pontificia.

V

Dejamos á Lamoricière, en mayo de 1860, en pleno trabajo de organización militar. No había perdonado estímulo, ni promesa, ni rigor para asegurar al papa un ejército. Había desplegado una actividad inaudita en reclutar é instruir á los soldados, mejorar y completar la oficialidad, organizar los arsenales, los almacenes de equipo y los depósitos de víveres. Durante los meses de verano que los romanos suelen consagrar al descanso, el general francés arrojó los ardores de la estación sin que su actividad disminuyese nunca. Había reducido al silencio las oposiciones, ora con arranques de cólera que espantaban, ora con una afabilidad que seducía. Había impreso actividad á la administración, desterrado abusos y castigado fraudes, haciéndose temer de todos y querer de algunos. A fines de agosto empezaban á tocarse los resultados. Estos eran muy apreciables, pero desproporcionados á la intensidad del esfuerzo. El pequeño ejército se componía de diez y siete batallones de infantería, de algunas baterías de artillería, de cinco escuadrones de caballería, dragones, gendarmes, caballería ligera y voluntarios pontificios. El número total excedía de catorce mil hombres; pero, descontando los inservibles y las guarniciones, el efectivo real movilizable se reducía á unos siete ú ocho mil hombres escasos. El armamento de la infantería dejaba que de-sear. Los artilleros carecían de práctica y no contaban sino con un mal material de arrastre. Procedentes de nacionalidades diversas, los cuerpos de ejército se resentían de aquella diversidad de origen. Los batallones indígenas, salvo algunas excepciones, parecían mediocres. Los suizos tenían fama de buenos soldados, pero se hallaban muy trabajados por las intrigas revolucionarias ó piemontesas. Los austriacos tenían una organización bastante sólida, pero seguramente no irían más allá

de lo que exigía el estricto deber militar. Los irlandeses que formaban un batallón llamado *batallón de San Patricio*, no se hallaban aún equipados del todo; se distinguían por su vigor físico y por su admirable fe religiosa; en cambio se mostraban pendencieros, indisciplinados, y eran capaces de todas las extravagancias y de todas las abnegaciones. Los franceses, mezclados con algunos holandeses y un centenar de belgas, constituían la mejor fuerza del ejército. Algunos, los más ricos, se habían equipado á expensas propias y formaban un pequeño escuadrón de caballería, llamada de volun-



El general Fanti

tarios pontificios ó de *guías de Lamoricière*; los demás, á las órdenes del Sr. de Becdelievre, ex capitán de cazadores de infantería, componían el medio batallón de cazadores que se convirtió más tarde en batallón de zuevos. El efectivo de estas tropas selectas era entonces menos considerable de lo que se ha creído en general: á principios de septiembre, voluntarios de caballería y cazadores reunidos no pasaban de 450 hombres. Aunque poco numerosos, se hacían notar por sus aires aristocráticos y gozaban con cierta fatuidad de la atención que llamaban. Su nombre y su origen, que recordaban las guerras vandeanas (pues la mayor parte de ellos procedían del Oeste), podían constituir una dificultad. Parecía una partida realista organizada en el suelo italiano. Por esto el general no se cansaba de prescribirles la mayor prudencia á fin de contemporizar con la embajada de Francia, siempre muy susceptible y vigilante.

Lamoricière no dejaba de comprender las deficiencias de la organización creada bajo su dirección. Pero no creía que los sardos lo atacasen; no imaginaba en Cavour semejante audacia, ni en el emperador tamaña complacencia. En esto confiaba cuando, á principios de septiembre, llegaron á su cuartel general los rumores más alarmantes. Se habían visto partidas delante de la Católica y de Urbino; y se decía que había tal concentración de tropas sardas en la frontera, que no era